

# Música por dentro

*Gildardo Salazar Alvarado\**

En memoria de mi padre  
Gildardo Salazar Hernández  
a quien debo la vida.

Ya le dije doctor, el miedo es una mentira; la verdad es que nadie puede vivir con tanto dolor en el alma, ese fue su problema, le tenía miedo al dolor, ya lo dijo el escritor alemán Ludwig Böme: “el hombre más peligroso es aquel que tiene miedo”.

## I

¿Que cómo llegué yo ahí? Todo ocurrió en Coloradillas, una rancharía municipio de Tlalpujahuá, Michoacán por supuesto; viajábamos desde que tengo uso de razón (porque la tengo ¿verdad?), mi abuelo Roberto Alvarado Rojas –a quien yo llamaba “Papá Beto”–, mi madre Antonia Alvarado Solís y yo, Gildardo Alvarado; sólo Alvarado, el apellido de mamá; toda mi infancia la viví sin mi padre, es más, no lo conocí ni físicamente ni tampoco supe cómo se llamaba, era secreto de familia, mejor dicho de mamá. Salíamos a Coloradillas los 21 de junio a las 6:00 a.m. Nos parábamos en Toluca para almorzar menudo de res delicioso; en Atlacomulco mi abuelo estacionaba la camioneta para revisarla, aprovechábamos para orinar y comprar fruta de temporada que vendían las lugareñas sobre la carretera. Nuestra última interrupción la hacíamos en El Oro, todavía Estado de México: mi abuelo nos disparaba una nieve frente al Palacio Municipal; yo prefería la de mamey. De El Oro a Tlalpujahuá son 15 minutos, en cuanto la camioneta temblaba por el empedrado del pueblo, mi abuelo decía: “bendito

\* Poeta y psicólogo independiente. Egresado de la UAM-Xochimilco.

Dios, ya llegamos”;

destapaba una botella de tequila y le daba un trago. Al pasar por la Catedral de la Virgen del Carmen, Papá Beto se quitaba el sombrero en señal de respeto, mi madre se santiguaba y yo hacía ambas cosas.

—Esta Catedral hijo, es casi igual a la de Taxco, Guerrero —decía mi abuelo.

Termina el empedrado e inicia un camino de terracería rumbo a Coloradillas y en diez minutos se ve la vieja casa de la abuela.

## II

Cierre los ojos doctor e imagine una casa de adobe de un solo piso con techo de tejas, un corredor enorme donde pega la luz del sol todo el día y refrescan la mirada las macetas, muchas macetas dueñas de flores de distintos colores y tamaños, y nos daban la bienvenida los nidos que hacían las golondrinas en los rincones altos del corredor. Mi abuela Antonia Solís Linares, corría a abrazarme:

—Mi muchachito, vente a comer, sabía que ibas a venir y te hice una gallinita tierna en caldo; Estela, está puesto el comal, pon a calentar tortillas para comer.

Mi mamá y mi abuela hablaban muy bajito como en secreto, convivían como si vivieran juntas a pesar de que no era así, mi madre y yo vivíamos con mi abuelo desde un día después que yo nací. Yo nací la madrugada de un 21 de junio, mi abuela era partera y ella fue la primer mujer que me tuvo en sus brazos en este mundo. Cuentan que esa madrugada se escuchó una bella música de violín, yo no lloré cuando nací; mis ojos grandes miraban asombrados a todos; una luna llena iluminaba el interior de la casa; ese día no existió la palabra, nadie decía nada; el silencio todo lo escucha pero no responde nada. La música dejó de escucharse cuando mi madre durmió profundamente; un trueno aparatoso y sin luz trajo consigo un aguacero que cuentan duró tres días. A mediodía del 22 de junio partimos de la casa de la abuela, mi madre, Papá Beto y yo; la abuela se quedó. Mi madre siempre me decía que ella se quedó porque estaba enraizada a su tierra y tenía que cuidar su casa. Mi abuelo compró una enorme casa en el Distrito Federal

y vivíamos de las piedras de oro que encontró cuando era minero; él ocupaba su tiempo en arreglar siempre la casa, detallaba todo; siempre había algo nuevo qué hacer. Mi madre era ama de casa en las mañanas y en la tarde se dedicaba a leer o a tejer suéteres, bufandas, chalecos o cortinas.

### III

Aunque le diré que algo no andaba bien doctor, siempre que llegábamos mi abuelo no se sentaba a comer con nosotros, dejaba las maletas y se salía a una casita de lámina que estaba a unos 1 500 metros de la casa de mi abuela. Ahora que lo menciono, Papá Beto y mi abuela no se dirigían la palabra, ni siquiera se miraban; cuando mi abuelo llegaba en la madrugada, olía a tequila, se acostaba conmigo, me abrazaba, yo me sentía muy amado y protegido por ese ser tan alto y fuerte, muy parecido al actor Pedro Armendáriz padre. También recuerdo que todas las noches que pasaba en la casa de Coloradillas, me soñaba tocando un violín en medio de una inmensa oscuridad; tocaba una melodía con notas muy altas y sin sentido, cuando dejaba de tocar, un viento agresivo me empujaba violentamente hasta caer en un abismo, despertaba y no conciliaba el sueño hasta que no llegaba Papá Beto.

### IV

Para mí, Coloradillas significaba tierra colorada de cerros y cerros interminables tupidos de árboles pequeños, medianos y gigantes, flores y pasto de un metro de alto, ojos de agua, sol enorme y caliente, viento ligero y frío, luna llena, noche estrellada, estrellas fugaces; leyendas: “la llorona”, “los duendes de la mina de oro” y la que es distinta de todos los pueblos, “el amigo” (el amigo era un charro que se aparecía montado en un caballo negro, le daba consejos a la gente que obraba de mala fe; dicen los sabios que es el diablo, su presencia destila un olor a azufre, y si las personas a quienes se les aparecía seguían obrando de mala fe, las arrastraba con su caballo y amanecían muertas en el fondo del tiro

grande, una antigua mina donde se extraía oro en el siglo XIX, es muy profunda, al final de ella corre un río subterráneo de dos metros de profundidad, se dejó de trabajar porque era muy peligrosa, la gente se mataba al bajar a sacar piedras de oro del río, sólo mineros de la talla de Roberto Alvarado Rojas habían salido vivos de la mina).

## V

Cuando cumplí 15 años, el 21 de junio, rompí con la tradición de comer con la abuela; mi abuelo me pidió que lo acompañara a la casa de lámina. Ese día conocí a Serafín Solís Linares, hermano de mi abuela y a su esposa Sara Rebollo Huerta.

—¡Quihubo cuñao!

—¿Cómo le va cuñao?, bienvenidos.

—¡Salude a su tío gilito!

—¡Buenos días le dé Dios!

—Y a ti, mijito lindo.

Me abrazó y me besó la frente, luego su esposa Sara me preguntó que si era hijo de Estela; yo asentí con la cabeza. Después comimos tostadas de habas con frijoles; Sara y yo tomamos agua de guayaba, ellos se bebieron una botella de tequila.

Serafín era un tipo distinguido, vestía de traje impecable, lucía una barba completamente cerrada y elegante, era alto, no tan alto como Papá Beto, usaba el pelo corto, era muy parecido al actor Julio Alemán. Sara, su esposa, era una mujer de ojos grandes verdes claro, era cachetona, sus mejillas eran rojas y vestía un eterno vestido floreado. Nos despedimos como a las 20 horas.

—Allá te espero Beto, ya sabes, si lo quieres llevar no tengo ningún inconveniente.

—Ta güeno cuñao, allá nos vemos.

## VI

Dormiríamos cinco horas aproximadamente, mi abuelo me despertó.

—Acompáñame sin hacer ruido.

Lo seguí, se escuchaban los ronquidos de mi mamá y los suspiros de mi abuela, pero así dormían profundamente. Afuera hacía mucho frío, pero los montes se observaban claramente, una luna llena blanca y resplandeciente; conforme caminábamos el cuerpo se calentaba, al cabo de 15 minutos no sentíamos frío.

—¿A dónde vamos abuelo?

—Al monte de las víboras de cascabel, te voy a invitar a escuchar un concierto de violín.

Después de caminar poco menos de una hora, llegamos a un monte con muchas piedras, era un cerro casi pelón, entonces vimos a mi tío Serafín, lucía un traje negro de gala, una camisa negra, corbata y zapatos negros y en sus manos tenía un violín; detrás de él había árboles gigantes de tronco ancho que hacían un círculo enorme perfectamente cerrado. De repente mi tío Serafín empezó a tocar su violín, una música suave me llenaba el alma, me sentía solo pero seguro, mis sentidos se despertaron al máximo, las estrellas se miraban muy cerca, maravillosamente brillantes, apuesto que si quería podía tocarlas en ese tiempo de música. Un viento ligero pero frío movía las ramas de los árboles, todo Tlalpujahuá se podía observar: Coloradillas, El Carmen, La América, Remedios, Venta de Bravo y Tlacotepec, gracias a aquella luna luminosa mientras los tlalpujahuenses dormían (menos Sara la esposa de Serafín, los sabios y nosotros), las piedras se movían lentamente, la voz de aquel violín hizo sonar los cascabeles de las víboras habitantes de aquel cerro. Una vez terminado el concierto quise despedirme de mi tío, pero caminó aprisa, sin darme tiempo de hacerlo.

—Papá Beto, es maravillosa la música de mi tío, es inmensa, supongo que se escucha en todo el universo ¿verdad?

—Yo creo que sí, hijito. Su música expresa un gran dolor y miedo a la vez, lo apasiona, es su vida pero también es su cruz, la sufre, la usa para ahuyentar el miedo pero también le provoca un miedo mayor; él fue minero pero terminó siendo músico; pero es un secreto, sólo toca los días 21 de junio, coincide con el día en que tú naciste.

—Y por qué Papá Beto.

—Dice que es una promesa pero yo creo que él está condenado a esa música. Ven...”.

Mi abuelo me llevó a los árboles que estaban detrás de mi tío Serafín mientras tocaba.

—Detrás de estos árboles hay un tiro, míralo.

Se podía apreciar un hoyo grande del tamaño de un carro en círculo, rodeado por los árboles, nos acercamos a centímetros del tiro.

—Este es el tiro grande.

Tomó una roca con sus dos manos y la arrojó al abismo; se escucharon dos tremendos golpes casi seguidos y un tercero segundos más tarde, pero se escuchó un golpe de agua todavía más fuerte.

—El fondo de este tiro es muy profundo, en el fondo existe un río subterráneo de dos metros de profundidad, cuando trabajábamos en las minas, en ese río encontré piedras de oro en el fondo del agua, se me ocurrió abrir la boca y todo mundo quería venir a sacar oro, pero ya no regresaban vivos, sólo algunos mineros, los más expertos, lográbamos sacar los cuerpos sin vida. Ahora nadie se atreve a explorarlo. No te acerques mucho, no pises en tierra floja porque te jala el amigo; tu tío Serafín dice que no es el amigo ni el diablo, sino la muerte quien te jala.

Dicen los sabios que aquella noche la gente soñó con un castillo de diamantes.

## VII

El año siguiente, acompañé nuevamente al abuelo al concierto de mi tío Serafín, quien vestía todo de azul marino. Cuando empezó la música me sentí extraño, el violín fue apoderándonos de un universo autónomo; Coloradillas se me dibujó en el alma como un vientre materno que me protegía de no sé qué; mejor dicho, de una sensación total de desamparo; entonces comprendí que la vida duele. Ese violín ejecutado con maestría por el mejor violinista del universo, eso supongo, “yo no lo sé de cierto”, como decía el poeta chiapaneco Jaime Sabines, porque no sé nada de música, pero qué diría el mejor crítico de música si observara cómo la música hacía danzar las nubes; la luna se escondía y sus hijas las estrellas parpadeaban coquetas; tal sonido llenaba al monte y llegaba al pueblo, las piedras se rompían en pedacitos y luego se

recomponían a la misma velocidad. Dígame doctor, qué dirían los grandes artistas de todos los siglos si supieran que ese violín, mientras la gente duerme, los hace soñar con duendes que les señalan dónde está el oro de las minas de tres estrellas, que se ubica a las afueras del pueblo de Tlalpujahua, mina que fue primera exportadora de oro en el mundo en el siglo XIX; qué diría usted mismo si supiera que a las mujeres y a los niños les hace soñar con ollas que se rompen y salen centenarios.

Aquella madrugada cuando Serafín dejó de tocar su violín, un rayo calcinó un árbol y se desató una gran tormenta; una luna llena, extraña, amarillenta, se colgó del cielo, como un reloj viejo; aullaron los coyotes, lloró la llorona. Me puse de pie con mucho miedo, no sentía los huesos. Mi tío Serafín se acercó y me abrazó, después me soltó, me levantó la cara y me dijo:

—No tengas miedo, tu eres hijo de la música que hace vibrar todo lo que tiene vida y a todo lo que duerme en muerte.

Y muy cierto doctor, ya lo dijo el músico Robert Brawning: “el que escucha música siente que su soledad, de repente, se puebla”.

Dicen los sabios que mientras Serafín tocaba su violín, los muertos salieron de sus tumbas, entraron a la Catedral de la Virgen del Carmen, quien oficiaba una misa personalmente y les perdonaba los pecados que en vida cometieron; luego, la virgen misma los acompañó a sus tumbas y les dijo que ellos eran la historia del pueblo, ése era su trabajo hasta el fin de los tiempos. Dicen que Serafín quiso morir para ser perdonado pero que la Virgen no lo quiso así.

## VIII

Una noche en el Distrito Federal le pregunté a mi abuelo cómo es que mi tío, siendo un minero de prestigio, se había convertido en un gran artista.

—Porque los conciertos deben de ser de Beethoven, de Paganini, Vivaldi o Chopin.

—Te equivocas m’hijo. Tu tío toca composiciones que elabora en su cabeza y las va memorizando durante todo el año, jamás las instrumenta, sólo se escuchan una sola vez y no se vuelven a oír. Y él es un artista

nato, no fue ni a la primaria; su violín es mágico y su inspiración es Sara, su esposa, no es su musa, es su música, dice tu tío.

—Eso está muy bien. Sara puede ser el gran amor de su vida, pero, ¿de dónde sacó ese violín?

—Tu tío las debía muchacho. Una noche escapaba en un tren rumbo a Morelia. Él lo abordó en la antigua estación de Buenavista, allí conoció a una bella adolescente española, quien se enamoró perdidamente de tu tío; para mi cuñado, conquistar una mujer era cosa fácil, ninguna se resistía a su elegancia en el vestir, a sus enormes ojos azules, poseedores de unas pestañas chinas que llegaban a las cejas; esa noche la sedujo y mientras hacían el amor se escuchaba una música hermosa de violín; cuando concluyó el acto amoroso, él le preguntó a la doncella: “¿Quién toca esa música celestial? —Mi padre, el español, así le dicen”. Cuando se despidieron, los amantes supieron que no se volverían a ver jamás. Esa madrugada Serafín robó aquel violín *Antonioous Estrauduauvarius*. Mira, no sé cómo se pronuncia, pero así se escribe...

Tomó lápiz y papel y escribió: *Antonius Stradivarius*

—Dicen que el violín está hecho de arce y de abeto, que hasta el barniz que fue usado está hecho de una fórmula secreta, que hay pocos en el mundo y cuesta más de un millón de dólares, yo no sé de eso, pero volvamos al tema: aquella madrugada tu tío se aventó del tren en el pueblo de la bella Maravatio y regreso a Coloradillas, después de diez años de ausencia, con el violín y con Sara su esposa.

—De quién huía, a quién se las debía.

—Ese es un secreto de familia que no te pienso revelar.

—¿Por qué?

—Porque es un secreto, ¿te parece poco?

—Vaya, vaya, es como el secreto de quién es mi padre ¿no?

—No ese es secreto de tu mamá, nunca nos ha querido decir quién es tu padre, y de eso yo no tengo nada que ver m'hijo.

Me observó molesto y desanimado y me dijo.

—Te prometo que algún día romperé contigo el secreto de tu tío Serafín.

## IX

Unos meses después de esa plática, Papá Beto se puso muy malo repentinamente; horas antes de su muerte me dijo:

—Dile a Serafín que te entregue una carta que te dejé con él, con eso cumplo mi palabra m'hijo; ahora quiero que me prometas que cuando muera me incineres y mi polvo lo riegues en el monte de las víboras de cascabel, cuando Serafín termine su concierto, el próximo día 21.

Lo prometí. Murió un 15 de junio. Cuando murió creí que me iba a doler toda la vida su muerte, así pensaba cuando lo incineraban; sin embargo, él dejó un ejemplo inmortal de amor en mí, es bueno saberse amado por un ser humano que me heredaba su sangre y su nobleza.

## X

Mi madre platicó conmigo el 19 de junio. Quería irse a vivir a Coloradillas con la abuela, la idea me entusiasmó. Partiríamos el 21 de junio, como todos los años, y le daríamos la sorpresa a mi abuela.

El 21 de junio en la mañana llegamos a Coloradillas mi madre, las cenizas de mi abuelo y yo; el viaje cambió, nos fuimos en un autobús que sale de la terminal de Observatorio a Tlalpujahuá; la terminal está junto a la estación del Metro Observatorio, ubicado en la delegación Álvaro Obregón, en el Distrito Federal. Por fin llegamos; hicimos tres horas. Nos fuimos caminando a la casa de la abuela; en el camino le pregunté a mi madre:

—¿Mamá, quien es mi papá?

—Mira m'hijo, eso no se los dije ni a tus abuelos.

—Pero yo tengo derecho; dígame, ¿se lo suplico!

—No mi amor, sólo entérate que eres hijo del más grande amor de mi vida y eso eres tú para mí.

Guardamos un silencio incómodo los 40 minutos que duró el camino.

## XI

Cuando llegamos, la abuela y yo nos abrazamos; no quise preguntarle por qué no había asistido al funeral del abuelo, tampoco le mencioné que llevaba las cenizas conmigo; sabía que se odiaban; pero, ¿por qué se odiaban?

Empezaba a oscurecer. Mi mamá y mi abuela encerraban a las gallinas, yo salí por mi carta.

Me recibió Sara desde su puerta; se notaba demacrada, pálida y como si estuviera muy preocupada. Sin darme tiempo a saludarla me dijo:

—Dice Serafín que te entregará la carta en el lugar que tú sabes; cerró la puerta y me marché desconcertado.

En fin, volvería a escuchar el concierto de mi tío; ni modo, a esperar hasta la madrugada.

Dormí un poco, desperté justo a tiempo, subí cuando llegué al monte de las víboras de cascabel; ahí estaba mi tío bien vestido con traje, camisa, corbata beige y zapatos azul marino; nos acercamos, yo esperaba un gran abrazo y las condolencias por la muerte del abuelo, y sin ninguna cortesía me entregó un sobre, caminó en reversa tres pasos e inició su concierto inédito. Esta vez noté que mi tío lloraba mientras tocaba. La música empezó a penetrar en mí y en la atmósfera todo lo apagó, nos inundaba una oscuridad perpetua que me enmudeció de miedo, quise huir pero la música me detuvo, sentí que si me apartaba del lugar quedaría ciego para siempre, los vidrios de las ventanas de Tlalpujahua y sus municipios se rompieron, aunque debo aclarar que mientras la música se tocaba, las personas estaban sumidas en un sueño eterno, nadie despertaba; esta vez la música fue breve, una neblina cubrió el escenario de mi tío, cuando la neblina se despejó, mi tío no estaba, se había marchado.

Cuentan los sabios que la gente lloró mientras Serafín tocaba y despertaron llorando. Ahora pienso, doctor, que no se equivocó el filósofo alemán Arthur Schopenhauer cuando dijo: “en la música todos los sentimientos vuelven a su estado puro y el mundo no es sino música hecha realidad”.

## XII

Al llegar a casa de mi abuela encendí una vela, abrí el sobre y leí rápidamente la carta. Después de leerla vomité. No pude llorar, me inundó un silencio incomodo, profundo y con mucha soledad. Supe entonces que mi abuelo Roberto era quien perseguía a mi tío Serafín para matarlo aquella noche en que robó el violín. Decidí romper la carta doctor y, así, ocultar una miseria familiar hecha secreto, supongo que por esta misma razón mi abuela y mi abuelo se odiaban. Desde ese día mi voz se apagó, hablaba tan bajito como mi mamá y mi abuela, y mire, doctor, que mi abuelo me enseñó a hablar fuerte, pero con todo y mi nueva voz, me despedí de mi madre, le dije que yo no viviría con ellas, que tenía que hacer mi vida. Me bendijo, se despidió con un largo abrazo, supongo que sabía que no nos volveríamos a ver en vida. Decidí no despedirme de la abuela y no volver a regresar a Coloradillas.

## XIII

A mis 16 años estudié la preparatoria; puse una farmacia en lugar de la tienda que mi abuelo tenía en la casa del Distrito Federal. Era un muchacho muy solitario y callado; estudié para contador; puse un despacho privado, me fue muy bien; incluso con las mujeres; tuve varias amantes pero jamás me permití, ni permití el enamoramiento. Les mandaba cartas y dinero a mi mamá y a mi abuela. Pero lo que siempre me perseguía era la música de violín; el tono de la canción “La malquerida” no podía dejar de oírla, me provocaba un dolor de cabeza terrible al escucharla, dejaba de hacer siempre lo que estaba haciendo; empecé a tomar medicamentos para dormir porque en las noches se escuchaba, creí que me volvía loco, pero no fue así; me controlé rezando diariamente a la Virgen del Carmen en el altar que mi abuelo le puso en el patio de la casa; sé que no era medicina doctor, pero sí el mejor remedio.

## XIV

Mi madre murió. Habían pasado diez años desde que Serafín me entregó la carta, tuve que volver a Coloradillas a enterrarla.

Cuando pasé por la Catedral de la Virgen del Carmen me quité el sombrero y en el camino de terracería disminuí la velocidad de mi camioneta. Pasé junto a un viejito que caminaba muy aprisa ayudado por un bastón, lo correteaban tres niños para apedrearlo; el señor estaba vestido con un traje muy mugroso, su barba casi le cubría la cara, su pelo parecía lana de tan canoso, no puede ser, pensé. Sí doctor, era el gran músico anónimo Serafín Solís Linares.

## XV

Fue muy doloroso enterrar a mi madre. Abracé a mi abuela con todas mis fuerzas. Aunque, ¡qué curioso!, no lloró, ni dijo últimas palabras, nos retiramos a la casa como si hubiéramos ido a despedir a mi mamá al aeropuerto. Al otro día era 21 de junio, ¡qué ironía! Almorzábamos y le pregunté a mi abuela por mi tío Serafín.

—Ay mijito, hace cinco años murió Sara y desde entonces no se baña, vive de la caridad, la gente le ha perdido el respeto, el mes pasado lo encontraron en el monte de las víboras de cascabel, allá en el tiro grande, estaba a punto de caerse, tenía una pulmonía que ya mero lo mata; lo llevaron al médico y luego regresó a su casa, después vino a reclamarme su violín, que sí recogí, me dijo que era una joya familiar; ¡para qué lo quería, hijo, si no lo usa?, nunca lo ha usado, sólo se lo vimos el día que regresó con Sara, después de diez años de ausencia; ni siquiera pudo enterrar a mis papás, olvidó a su familia; ¡pobre!, regresó vuelto un loco, muy bien vestido, pero loco. Y ahora velo, quién sabe qué pecado estará pagando mi hermano.

—Sabrá Dios si será el único, abuela.

## XV

Por la noche mi abuela me dijo que mi mamá me dejó dicho que me dejaba mi herencia.

—En el lugar que tú ya sabes.

Entré al cuarto de mi mamá y desfondé su almohada del lado derecho, encontré sus alhajas y las escrituras de la casa del Distrito Federal, también una carta cerrada. ¿Qué dirá? A las 23 horas del 21 de junio sabía quién era mi padre.

## XVI

Una hora después subí a toda prisa al monte de las víboras de cascabel, donde tocaría ¿tocaría? Serafín Solís Linares. Lo vi, era Serafín un fantasma de traje sucio con los ojos rojos y la boca seca, se acercó a mí, apestaba, abrió su boca y apestaba aún más hasta las palabras

—Por fin lo sabes ¿verdad? Soy el diablo. Y desde que perdí a Sara soy un pobre diablo; he perdido la música, se ha ido, y la vida sin música es un error, ya no la escucho, este violín ha quedado hueco, sordo, hemos muerto en vida y tengo miedo, tengo miedo de tu miedo por eso estoy aquí.

Me quedé mudo, las manos me sudaban, él sufría mucho y yo, yo no lo odiaba, sentí lastima por él, nadie le devolvería la música, sentí compasión por él. Antes de que le dijera lo que le iba a decir, soltó el violín que se quedó flotando como si un ser invisible lo tomara en posición de ser tocado. Serafín se aventó en el tiro grande, se escucharon dos golpes casi seguidos y un último golpe de agua muy fuerte y dije en voz alta:

—No te jala el diablo abuelo, es la muerte, tenía razón el tío Serafín.

De pronto, el violín cobró vida y brotó música de sus cuerdas, me envolvió una oscuridad infinita de tranquilidad, la música era suave, luego violenta, las piedras se rompían, los cascabeles de las víboras se escuchaban, aullaba el coyote, lloraba la llorona, de los nopales nacían tunas blancas, amarillas, rojas y moradas; en ese momento las hierbas curativas soltaban sus olores; el zorrillo, el tlacuache, la liebre y el nahual, corrían por el monte; el jilguero, el clarín y las primavera cantaban al mismo tiempo, se dirigieron a la casa de la abuela y destruyeron los nidos de las golondrinas, que desde entonces quedaron pelones los rincones altos del corredor. Al monte lo iluminaban rayos enormes de intensa luz y rugían salvajemente, ese violín estaba endemoniado,

poseído por Shubert y Shuman. Cuando finalizó la música, un inmenso rayo calcinó el violín, no quedó ni un átomo del *Stradivarius*. Corrí a la casa de la abuela. Dormí profundamente cansadísimo.

## XVII

Doña Antonia Solís Linares, alias mi abuela, me despertó ya avanzada la mañana.

—Mijito no encontramos a tu tío Serafín. Fui a llevarle su desayuno y no lo encontré. Me levanté y noté que no me había quitado los tenis, pero, ¿cuáles tenis doctor? Si traía puestos los zapatos mugrosos que mi tío Serafín traía la madrugada anterior del último concierto.

—Esos son los zapatos de mi hermano m'hijo, ¿acaso lo has visto?

—Sí abuela, lo vi en la madrugada, mi tío se aventó al tiro grande, antes de la tormenta, pero no recuerdo haberme puesto sus zapatos.

Mi abuela sacó el violín de mi tío Serafín, que se asomaba debajo de la almohada.

—No puede ser, yo vi cómo un rayo lo hacía pedazos.

—Vamos a buscar a tu tío, alma mía de mi hermano, ¿qué pecado estará pagando?

Acompañados por algunos mineros de la vieja guardia, amigos de mi tío y de mi abuelo, llegamos al lugar, no había rastros de nada. Los mineros empezaron a bajar los escalones rústicos y viejos de varilla para adentrarse a la mina. Después de varias horas subieron el cuerpo desmembrado de mi tío. Don Higinio traía las piernas de mi tío y sus pies tenían calzados mis tenis. Las personas me golpearon hasta perder el conocimiento y desperté, aquí con usted doctor, en esta clínica, por cierto, ¡qué linda es!

## XVIII

—Sí señor, todo es comprensible, pero no me ha dicho qué decían sus cartas.

—En la carta que me dejó Papá Beto me revelaba que yo no era su nieto, que no tenía su sangre, y en la carta de mi madre me daba el nombre de mi padre.

—Y ¿quién era su abuelo verdadero, y quien era su padre?

—Son secretos de familia doctor. Sólo le diré que el consuelo que me queda, es que mi madre jamás supo que su amado, con quien tuvo un amado hijo, era su padre también, he cometido un crimen doctor, es decir con mi cuerpo, es decir por existir. Pero mi abuela sí sabía que mi padre era su amado, mis ojos azules lo dicen desde que nací, porque tuvimos que vivir en el Distrito Federal, porque la abuela así lo dispuso. Mi abuelo no perdonó cuando los vio haciendo el amor con el vestido de novia puesto, jamás la hizo mujer, por eso huyó con nosotros, tuvo miedo “al qué dirán”, pero no nos abandonó a pesar que estaba consciente que mi madre no era su hija, me adoptó como nieto y nos amó profundamente. Regresábamos a Coloradillas cada año a dos cosas: a recordar mi nacimiento y a escuchar la música de Serafín. Pero si Papá Beto hubiera sabido que yo era nieto e hijo de Serafín, entonces seguro que lo mata. Al buen entendedor pocas palabras doctor, el *Stradivarius* me pertenece, dígame a mi abuela que me lo entregue, que soy la música de ese violín que mi tío, abuelo y padre había perdido, que me lo entregue, que es una joya familiar.

—Perdone que no pueda complacerlo, pero a su abuela la encontraron degollada, tenía un cuchillo en su mano izquierda, llevaba un vestido de novia puesto; y el violín sólo ustedes lo han visto, nadie encontró dicho instrumento tan valioso, un *Stradivarius*. Tampoco nadie sabe en todo Tlalpujahua y sus municipios que el viejo minero retirado de su trabajo, Serafín, sabía tocar, es más, ni siquiera sabían que tuviera un violín.

—Qué mentira tan perfecta doctor, la verdad y la vida son una mentira perfecta. Entonces no soy la música doctor, soy el violín.